

B. TRAVEN

LA NAVE
DE LOS MUERTOS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Das Totenschiff*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Rosa Elena Luján y María Eugenia Montes de Oca Luján
© de la traducción, 2009 by Roberto Bravo de la Varga
© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S. A. U.

La presente edición es la autorizada
por los herederos de B. Traven

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-92649-22-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 37 401-2009

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Habíamos traído un cargamento entero de algodón desde Nueva Orleáns hasta Amberes en el *S.S. Tuscaloosa*. Era un barco excelente. ¡Sí que lo era, maldita sea! *First rate steamer, made in USA*. Estaba matriculado en el puerto de Nueva Orleáns. ¡Oh, soleada y risueña Nueva Orleáns, tan diferente a las insulsas ciudades del norte, con sus fríos puritanos y sus rancios comerciantes de algodón! ¡Y qué camarotes tenía para los marineros! ¡Soberbios! Por fin un constructor de barcos que había tenido una idea revolucionaria al pensar que quienes forman la tripulación de un buque también son hombres y no sólo manos. Todo limpio e impecable. Baños, ropa blanca en cantidad y ni un solo mosquito. La comida era buena y abundante, y siempre había platos limpios con sus cuchillos, sus tenedores y sus cucharas impolutos. Teníamos unos muchachos negros cuya única obligación era mantener limpios los camarotes, para que los marineros gozaran de buena salud y estuvieran de buen humor. La compañía había descubierto por fin que una tripulación con buen humor rinde más que una desmotivada.

¿Que si era el segundo oficial? *No, sir*. No era el segundo oficial de esta bañera. Era un simple trabajador de cubierta, un mero obrero. Verá usted, señor, en realidad ya apenas quedan marineros y tampoco es que se necesiten. Un buque mercante tan moderno como éste ya no es exactamente un barco: es una máquina flotante. Y, aunque no tenga ni idea de barcos, seguro que no se le escapa que una máquina no necesita marineros para funcionar. Lo que esta máquina necesita son obreros e ingenieros. Hoy en día, hasta el *skipper*, el capitán, es un ingeniero más. Incluso el *A.B.*, que tiene a su cargo el timón y hasta hace poco solía considerársele un marinero, se ha quedado ya en un simple maquinista, nada

más. Su única función es manejar las palancas que indican el sentido del giro a la máquina del timón.

Hace mucho que el romanticismo de las historias de marineros ha quedado atrás. Por otra parte, en mi opinión, este romanticismo jamás existió ni en los veleros ni en el mar. Era un sentimiento que se encontraba únicamente en la fantasía del escritor que creaba esas historias. Esos engañosos relatos atrajeron a más de un joven cabal y bien dispuesto a una vida y a un ambiente donde habría de hundirse sin remedio tanto en el plano físico como en el espiritual, porque el único bagaje que traía consigo era su fe infantil en la honestidad y en el respeto a la verdad de esos escritores. Es posible que los capitanes y los timoneles vivieran en algún momento ese romanticismo, pero para la tripulación no existió jamás. El único romanticismo que la tripulación conocía era un trabajo duro, inhumano, y un trato brutal, siempre lo mismo. Los capitanes y los timoneles aparecen en óperas, novelas y baladas. Jamás se ha cantado un himno de alabanza al héroe que hace el trabajo; aunque, si se hubiese escrito, habría resultado demasiado crudo para despertar el entusiasmo de aquellos que lo cantarían. *Yes, sir.*

Pues bien, ése era yo, un simple trabajador de cubierta, nada más. Tenía que hacer cualquier trabajo que surgiera. Si he de ser totalmente sincero, no era más que un pintor de brocha gorda. La máquina funciona sola y como los trabajadores tienen que estar ocupados en algo y nunca hay nada que hacer, salvo en casos excepcionales, cuando no hay que limpiar las bodegas o reparar algo, nos pasamos el tiempo dándole a la brocha. Desde la mañana hasta la noche, nunca se acaba: siempre hay algo que pintar. Es verdaderamente asombroso y llega un día en que uno se queda pensando que lo único que hace en la vida es pintar; entonces, en un instante de plena lucidez, llega al convencimiento de que el resto de la humanidad, que no sale al mar, se dedica ex-

clusivamente a fabricar pintura, y siente una profunda gratitud hacia esas personas, ya que, si en algún momento se negaran a seguir fabricando pintura, el trabajador de cubierta no sabría a qué dedicarse y el oficial bajo cuya autoridad se encuentra se quedaría perplejo, porque no sabría en qué ocupar las manos de sus hombres. No van a cobrar un sueldo por nada. *No, sir.*

El salario no era precisamente alto. No se puede decir que lo fuera. Si me pasara veinticinco años sin gastar ni un solo centavo y fuese guardando escrupulosamente, una tras otra, todas las pagas, contando con que en todo ese tiempo nunca me faltara el trabajo, entonces, transcurridos esos veinticinco años de trabajo infatigable y de ahorro, no podría jubilarme, eso es verdad, pero ya sólo me faltarían otros tantos años más para poder proclamar con cierto orgullo que pertenezco al estrato más bajo de la clase media, a ese estrato que puede decir: «¡Alabado sea Dios! Menos mal que he podido ir guardando un poquito de dinero para usarlo en caso de necesidad, cuando vengan malos tiempos». Y como esta capa de la población, ¡bendita sea!, es la que sostiene al Estado sobre sus cimientos, entonces podría considerarme un miembro valioso de la sociedad. ¡Poder alcanzar esta meta bien vale cincuenta años de trabajo y de ahorro! Así es como uno se gana el Cielo y deja lo suficiente para que otros disfruten de la Tierra.

No me apetecía demasiado visitar la ciudad. No soporto Amberes. Hay demasiadas prostitutas, marineros de mala reputación y otros elementos por el estilo. *Yes, sir.*

Pero, en la vida, las cosas no suelen ser tan sencillas. Rara vez tienen en cuenta lo que uno puede o no puede soportar. No son las rocas las que determinan el curso y el carácter del mundo, sino las pequeñas piedrecitas, las chinitas.

Como no habíamos podido conseguir un nuevo cargamento, tendríamos que volver a casa en lastre. La última

noche antes de emprender el viaje de regreso, toda la tripulación bajó a la ciudad. Me quedé completamente solo en el *forecastle*. Estaba cansado de leer, estaba cansado de dormir y no sabía muy bien qué hacer. La jornada se había terminado a las doce, cuando se distribuyeron los turnos de guardia para el viaje. Otra razón para que todos se marchasen a la ciudad a correrse la gran juerga, la que no podrían disfrutar en casa.

Anduve dando vueltas, tan pronto me acercaba a la borda para escupir al agua, como entraba en los camarotes. De tanto mirar embobado los camarotes vacíos, las aburridas instalaciones del puerto que tenía a mis pies, los almacenes, las casas amontonadas, aquellos cuchitriles, ahora desiertos, que servían como despachos y tras cuyos cristales empañados no se veían más que archivadores para la correspondencia, cartas de porte y montones de documentos comerciales ya cumplimentados, empecé a sentirme verdaderamente deprimido. Es imposible describir tanta desolación. Estaba anocheciendo y en esta parte del puerto apenas se veía un alma.

Me embargó una nostalgia completamente natural, ansiaba pisar tierra firme, sentir el suelo bajo mis pies, echaba de menos las calles y la gente que pasea por ellas charlando. Eso era: quería ver una calle, simplemente una calle, nada más. Una calle que no estuviera rodeada de agua, una calle que no se balanceara, que fuera completamente estable. Quería hacerles un pequeño regalo a mis ojos, que disfrutaran contemplando una calle.

—Tendría que haber venido a verme antes—dijo el oficial—, ahora no puedo darle dinero.

—Pero necesito un anticipo de veinte dólares como sea.

—Puedo darle cinco, ni un centavo más.

—Con un billete de cinco no tengo ni para empezar. Tiene que darme veinte; si no, mañana me tendrá enfermo.

¿Y quién pintará entonces la cocina del barco, la *galley*?
 ¿Me lo puede decir? Tiene que darme veinte.

—Diez. Y es mi última palabra. Diez o nada. No tengo obligación de darle ni un solo nickel. No es asunto mío.

—Bien, déme esos diez. Aunque no se puede ser tan agarrado. En fin, habrá que conformarse con lo que sea, ya estamos acostumbrados.

—Firme usted el recibo. Mañana lo anotaré en el libro. Ahora no me apetece.

Así fue como conseguí mi billete de diez dólares, que en realidad era lo que quería, aunque si lo hubiera pedido así, no me habrían dado más que cinco. Sólo necesitaba diez, porque no quería gastarme más y sabía que el dinero que uno se mete en el bolsillo cuando baja a la ciudad ya no vuelve.

—No se emborrache. Este sitio es de lo peor—dijo el oficial mientras se guardaba el recibo.

¡Aquello era inaudito, un insulto! Desde que habíamos atracado allí, el *skipper*, los oficiales y los ingenieros se emborrachaban dos veces al día, y ahora me soltaban un sermón para que no cogiera una borrachera. No pensaba hacerlo. Además, ¿para qué? ¡Es tan estúpido y tan irracional!

—No—respondí—. Jamás tomo ni una gota. No pruebo ese veneno. Sé lo que le debo a mi país, aunque esté en el extranjero. *Yes, sir*. Soy abstemio, «de secano», como dicen en mi tierra. Créame que lo soy. Se lo digo con la mano en el corazón, se lo puedo jurar.

Salí y me dispuse a descender de aquella bañera.

2.

Era un largo atardecer de verano. Me pareció precioso. Atravesaba las calles arrastrando los pies, satisfecho con el mundo, y no podía creer que existiese alguien al que no le

gustara. Miraba los escaparates y miraba a la gente con la que me encontraba. ¡Qué chicas tan guapas, maldita sea! ¡Por todos los diablos, sí que eran bonitas! Como es natural, muchas de ellas ni se fijaban en mí; pero las que me sonreían eran precisamente las más guapas. ¡Y qué sonrisas más encantadoras! Luego llegué a una casa con una espléndida fachada dorada. Tanto la casa como la fachada tenían un aspecto muy alegre. Las puertas estaban abiertas de par en par, como si estuvieran diciendo: «Entra, amigo, no te lo pienses; pasa un momento. Siéntate, ponte cómodo y olvida tus preocupaciones».

Yo no tenía ninguna preocupación, pero era muy agradable que alguien te invitara a olvidar los problemas. ¡Era tan amable! Y dentro de la casa había un montón de gente, todos se estaban divirtiendo, habían olvidado sus preocupaciones, cantaban y reían, sonaba una música muy agradable. Sólo por ver si la casa era tan dorada por dentro como por fuera, decidí entrar y me senté en una silla. Enseguida llegó un chico riéndose y me plantó una botella y un vaso delante de la narices. Debía de haberme visto en la cara de dónde era, porque me dijo inmediatamente en inglés:

—*Sírvase, mon ami*, y diviértase como todos los demás.

Después de tantas semanas en las que no había tenido ante mis ojos más que agua y pinturaapestosa, ahora sólo veía alrededor caras alegres. ¡Y vaya si me divertí! A partir de aquel instante mis recuerdos se vuelven difusos. No tengo nada que reprocharle a aquel simpático muchacho, pero sí a los huecos sermones que nos vuelven tan débiles frente a las tentaciones. Es así, los sermones nos hacen débiles, porque está en nuestra naturaleza el no hacerles ningún caso.

Todo el tiempo estuve envuelto en una curiosa niebla. Bien entrada la noche aparecí en la habitación de una hermosa muchacha que no dejaba de reírse. Al final le pregunté:

—*Well, mademoiselle*, ¿qué hora tenemos?

Y ella me respondió con aquella risa tan hermosa:

—¡Oh! Con lo apuesto que eres—*yes, gentleman*, estoy completamente seguro de que esas fueron las palabras de la *mademoiselle*, me dijo que era un joven muy apuesto—, no seas aguafiestas, pórtate como un caballero y no dejes sola a medianoche a una dama joven y tierna. Puede que haya ladrones en los alrededores, irrumpen en las casas, y a mí me da un miedo atroz que puedan entrar aquí y me asesinen.

En fin, sé muy bien lo que debe hacer un joven norteamericano con sangre en las venas en tales circunstancias, cuando le piden que socorra a una dama débil y desamparada. Ha sido lo que me han inculcado desde que empecé a respirar: «Compórtate como es debido en presencia de las damas, y si una te pide algo, complácela inmediatamente, aunque te cueste la vida».

Bien, por la mañana, muy temprano, salí disparado hacia el puerto. Pero al *Tuscaloosa* ya no se le veía por ninguna parte. El lugar donde había atracado estaba vacío. Había zarpado y regresaba a casa, a la soleada Nueva Orleans, volvía a casa sin mí.

He visto a niños extraviados, que se habían despistado de su madre; he visto a gente a la que se le había quemado su casita o se la habían llevado las inundaciones, y he visto animales que han perdido a un compañero, porque lo han abatido o lo han capturado. Y era muy triste. Pero nada es tan triste como un marinero que acaba de perder su barco, que se ha quedado en tierra, en un país que no es el suyo. El marinero que se ha quedado atrás. El marinero que sobra.

No es quedarse en un país extranjero lo que aflige su alma y lo que le hace llorar como un niño pequeño. Está acostumbrado a eso. Muchas veces se queda atrás voluntariamente y pide licencia por motivos de cualquier tipo. Entonces no se siente ni triste ni afligido. Pero cuando el barco, su único hogar, parte sin él, al sentimiento de no tener

una patria se añade una sensación demoleadora, la sensación de sobrar, la conciencia de ser alguien superfluo. El barco no ha esperado por él, puede arreglárselas sin él, no lo necesita. Que un tornillo viejo se desprenda y quede tirado en cualquier parte puede resultar fatal para el barco; el marinero que hasta ayer mismo se creía tan importante para el funcionamiento y la buena marcha del buque, vale hoy menos que ese tornillo viejo. El tornillo era imprescindible; al marinero que sobra nadie le echa en falta, la compañía se ahorra su sueldo. Un marinero sin barco, un marinero que ya no está enrolado en un buque vale menos que la basura de cualquier callejón. No pertenece a ninguna parte, nadie quiere tener nada que ver con él. Si le da por saltar al mar y se ahoga como un gato, nadie lo echará de menos, nadie lo buscará. «Un desconocido; por lo que se ve, era marinero», eso es todo lo que dirán de él.

«¡Pues sí que estamos apañados!», pensé, y en ese momento decidí rechazar aquella ola de desaliento. Como volviera a aparecer le daría en toda la cresta. No hay mal que por bien no venga, si piensas eso, lo malo desaparece al instante.

¡A la mierda con ese viejo cascarón! Hay otros barcos en el mundo, los océanos son grandes, inmensos. Ya encontraré otro mejor. ¿Cuántos barcos hay en el mundo? Seguro que medio millón. Seguro que alguno de ellos necesitará un trabajador de cubierta. Y Amberes es un puerto grande, seguro que ese medio millón de barcos pasa en algún momento por aquí, seguro que es así. Sólo hay que tener paciencia. Lo que no puedo pensar es que ahora mismo vaya a aparecer un buque y el capitán salga gritando desesperado: «¡Oiga, señor! ¿No habrá sido usted trabajador de cubierta? Pues suba rápidamente, que necesito uno. No vaya al barco de al lado, se lo suplico».

La verdad es que tampoco me preocupaba demasiado la traición del *Tuscaloosa*. ¿Quién habría pensado algo así de

una nave con un cuerpo de mujer tan hermoso? Pero todas son iguales, sí, todas, todas. ¡Y qué camarotes tan limpios y qué comida tan buena tenía! Ahora mismo, esos malditos bribones estarán tomando el *breakfast* y se estarán comiendo mi ración de *ham and eggs*. Si por lo menos se los tomara Slim, el Flaco, porque no me haría ninguna gracia que se los zampara ese perro de Bob. No dudes que será el primero que se ponga a revolver mis cosas y se quedará con lo mejor, antes de que las retiren y las guarden bajo llave. Esos bandidos no respetarán mis cosas, se las repartirán entre ellos directamente y dirán que no tenía nada. ¡Menudos ladrones! ¡Qué miserables! Ni siquiera Slim es de fiar, siempre me robaba el jabón de tocador, porque no quería lavarse con el jabón de piedra. ¡Un chulo de Broadway! ¡Menu-do relamido! *Yes, sir*, eso es lo que hacía Slim; si lo hubieran visto, no se lo habrían creído.

La verdad es que no me importaba demasiado haber perdido el barco, lo que me preocupaba seriamente es no tener ni un centavo de cobre en el bolsillo. Aquella chica tan bonita me había contado por la noche que su madre, a la que quería con todo su corazón, estaba enferma, y ella no tenía dinero para comprarle medicinas ni comida en condiciones. Como no quería ser el responsable de la muerte de su madre, le di a aquella guapa muchacha todo el dinero que llevaba encima. Fui generosamente recompensando con la obsequiosa gratitud de la muchacha. ¿Hay en el mundo mayor obsequio que los mil agradecimientos de una chica guapa a cuya querida madre acaba uno de salvar de la muerte? *No, sir*.

3.

Me senté en un cajón grande que había por allí y seguí con la mirada al *Tuscaloosa*, mientras se abría camino por